

VI

Sobre la organización obrera

Lo que la organización importa á los obreros para sus fines individuales y sociales, no hace falta decirlo. Lo saben ellos bien, por experiencia propia. Pero tiene también la organización otra especie de utilidad general, que en España es de un valor subidísimo.

Recientemente, un sabio italiano, el profesor Sergi, ha dicho, hablando de los pueblos que forman lo que impropriamente se llama *raza latina*, que son por naturaleza, ó gregarios, ó de un atomismo individualista que se opone á toda obra de cooperación.

De los españoles se había afirmado ya esto hace años, por algún antropólogo; y tomando la afirmación como artículo de fe, la han repetido en revistas españolas algunos escritores. Es decir, que para nosotros *no puede haber* (según esas doctrinas) término medio: ó somos un rebaño servil que obedece al amo, ó una masa de elemen-

tos sueltos que rechazan todo lazo común, campando cada cual por sus respetos. Me permito creer que todo eso es una pura fantasía, conclusión precipitada é indemostrada de una observación superficial, hecha sobre corto número de datos. La organización obrera es, en sí misma, una refutación de tales supuestos. Representa la posibilidad de un estado social orgánico y libre al propio tiempo, y sirve para ir educando á las gentes en ese sentido de cuyo éxito depende nuestro porvenir nacional.

Frente al individualismo verdaderamente anárquico de la burguesía, que la hace, hoy por hoy, incapaz de todo esfuerzo político ó social, la solidaridad orgánica de la clase obrera es una esperanza consoladora. Su progreso y su triunfo no sólo darán la razón á los que confiamos en los destinos futuros de la gente española, sino que evitarán el que perezcamos como pueblo, absorbidos por la codicia vigilante de naciones extrañas.

En este sentido, el movimiento de organización obrera debe importar incluso á los que, encerrados en su egoísmo, no aprecian el fondo de justicia que lleva en su programa.

Otra conquista

El mejoramiento de la condición económica y jurídica de los obreros ha de ir lográndose—como, al fin y al cabo, toda reforma social é individual, puesto que nada se hace de golpe en la vida—merced á una serie de modificaciones concretas en la legislación y en las costumbres. El mismo programa de reivindicaciones se irá ampliando á medida que se penetre más y más el fondo de las relaciones humanas.

Pensando en una de ellas, tal vez más aparente en Asturias que en otra cualquier región de España, la Universidad de Oviedo incluyó en sus proposiciones presentadas al Congreso hispanoamericano la concebida en los términos siguientes:

«Legislación obrera, unificándola sobre la base de la más proteccionista del operario y estableciendo una Oficina internacional iberoamericana del trabajo.»

Razonábamos esta petición diciendo que nadie puede desconocer el valor y la importancia que el trabajo de todo género tiene en la industria, pues sin él sería imposible la creación del capital, que es, simplemente, materia, ó cuando más, instrumento de aquélla, como nadie ignora que el obrero, á más de colaborador de la industria, y por encima de esto, es hombre, que resulta, por circunstancias bien notorias, desvalido y necesitado de la tutela oficial. La comunidad de raza, de lengua y de costumbres determina una corriente constante de emigración de la Península á los países iberoamericanos, y precisamente de gentes que buscan en el trabajo material el medio de subvenir á sus necesidades. La suerte de estos obreros emigrados es, por lo común, miserable y expuesta á todas las contingencias de una vida difícil, dura y desprovista de garantías, todavía más que en la madre patria, y no obstante esfuerzos generosos y plausibles, pero deficientes, de las asociaciones españolas que existen en Méjico, Argentina y otros países. Por eso creemos de suma conveniencia la adopción, por los Estados de común origen, de una legislación igualmente protectora del obrero, que puede y debe ser la más favorable para éste; y coadyuvando á este propósito, la creación de una Oficina internacional encargada de reunir todos los datos y noticias relativos á la situación del mercado del trabajo y de realizar la labor informativa conducente al

planteamiento de las normas legales de que queda hecho mérito.

Por desgracia, y no obstante nuestros buenos deseos, el Congreso no adoptó la proposición que presentamos. A los obreros interesa que no se pierda obscuramente esta iniciativa. Pensando en aquellos de sus compañeros que se trasladan á América en busca de trabajo, deben inscribir en el programa socialista la protección á los pobres emigrantes, deben establecer con ellos especiales relaciones, despertándolos á la idea de la asociación para la obra común, y deben, en fin, hacer propaganda de la legislación internacional á que antes hube de aludir, hasta que la Comisión nombrada recientemente para ejecutar los acuerdos del Congreso hispanoamericano la prohija, reconociendo toda su justicia y toda su necesidad.

En esta empresa no ha de faltarles, como es natural, el apoyo y la colaboración de los que espontáneamente pensamos que debía acometerse.

VIII

Haz bien...

Muchas veces oigo quejarse de desengaños á los que dedican gran parte de sus afanes á la propaganda de las ideas de regeneración social. Tropiezan á cada paso con la ignorancia, con la mala fe, con la ingratitud, con la dificultad de convencer á la mayoría. Se desesperan de obtener escasos resultados tras largos y enormes esfuerzos. Algunos se desalientan y abandonan la lucha... Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la Historia—que es la experiencia de los demás—me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores han luchado con los mismos inconvenientes y que sin embargo la Humanidad ha realizado grandes progresos. Cuando he comprendido eso, he empezado á tener paciencia, á esperar y á no parecerme pequeña ninguna ventaja, ningún triunfo, ninguna conquista, por

inferiores que á primera vista resultasen, comparados con la energía gastada en conseguirlos.

He aprendido que los grandes hechos sociales se forman así, lentamente, paso á paso, y que nada hay despreciable en el continuo caminar de las ideas. Me he convencido de que lo fundamental en la propaganda es el acto de fe que realizamos todos los días, creyendo que aquello que predicamos, no obstante ser hoy rechazado por muchos, será en lo futuro el credo de la mayoría, el credo de la Humanidad toda; y que esa fe en el porvenir de nuestras ideas, se va comunicando á los demás y es lo que constituye la fuerza de las doctrinas y de los partidos.

Eso en cuanto á las impacencias y á los desalientos, por la poca eficacia presente de la propaganda. En cuanto á los desengaños que proporciona la ingratitud de aquellos mismos á quienes queremos salvar, digo que no sólo no deben extrañarnos, sino que es preciso contar con ellos como cosa inevitable, segura. Quien tenga tanto amor propio y tan escaso amor al ideal que el choque con la ingratitud—hija, muchas veces, de la ignorancia, no de la malicia—pueda hacerlo retroceder ó renegar de lo hecho, ese que no se haga portaestandarte de ninguna reforma. Hay que hacer el bien *á pesar* de los ingratos, sabiendo que existen y resignándonos á que nuestros afanes sean olvidados y menospreciados por los mismos que los aprovechan. El desquite de los

que obran así consiste en ver que, si su nombre se borra de la memoria de los otros, su obra triunfa, y los que le pagaron con desprecios ó rebeldías personales viven de los frutos que da la semilla que ellos sembraron.

IX

Recuerdo histórico

Como es sabido, la fiesta obrera va seguida, en España, de la fiesta nacional del 2 de Mayo. Esta fecha ha llegado á su centésima conmemoración, y por eso se celebrará ahora en toda la nación, y singularmente en Madrid y en Zaragoza, el centenario de la guerra de la Independencia.

Y como esa guerra fué esencial y predominantemente popular, impuesta por el pueblo á las clases altas y á los Poderes públicos, y sostenida por él con tesón que ninguna derrota conseguía vencer, conviene que, aprovechando la oportunidad, digamos algo sobre aquel hecho de la historia de España. Los obreros reflexionarán y sacarán las consecuencias que á su interés, como hombres y como españoles, convienen.

Los patriotas de 1808 lucharon en primer término por su *independencia*. Habían acogido á los franceses con gusto, porque creían que con su apoyo el príncipe Fernando (el que fué luego Fer-

nando VII) lograría derribar el poder del ministro favorito Godoy, odiado por el pueblo y por muchos que no eran pueblo. Cuando se dieron cuenta de que Napoleón no había hecho más que engañar á Fernando y á toda la familia real, y que su verdadero propósito era apoderarse de España para unirla á su Imperio, ó regalarla á cualquiera de sus parientes ó de sus generales, los patriotas se indignaron y se dispusieron á rechazar la dominación extranjera. Querían ser *libres*, es decir, dueños de sí mismos como colectividad, como nación. Su movimiento fué idéntico á ese movimiento espontáneo que tiene todo ser vivo cuando siente sobre sí una mano, una presión extraña, que quiere apoderarse de él: la sacudida para desasirse y recobrar la autonomía de su vida.

¿Y para qué querían ser libres los patriotas? En primer lugar, para serlo. Conocida es aquella anécdota de un negro de los Estados Unidos que, preguntado si había huído de casa de su señor por malos tratos, mala alimentación, atropellos de su dignidad ú otro motivo semejante, contestó que no, que su señor lo trataba bien, humanamente, y no tenía queja ninguna para con él. «¿Por qué huyes, entonces?», le volvieron á preguntar. «Por ser libre—contestó—, por el gusto de no depender de nadie.» Es decir, que la libertad tiene en sí misma una primera satisfacción, bastante fuerte para que se sobreponga á toda consideración de conveniencia *positiva*.

En segundo lugar, los patriotas de 1808 querían ser libres para otras cosas, en cuya estimación ya no estaban todos conformes. Una minoría de hombres cultos quería esa libertad para que la nación realizase por sí misma, por propio esfuerzo, la reforma de su régimen *político* y *social* (social, conforme á las cuestiones que entonces se veían, y que no eran las de hoy, por de contado). El pueblo, la masa (inculta, ignorante, porque nadie se había cuidado de instruirla y educarla en la medida de lo necesario) quería la libertad para volver á su régimen antiguo, á sus reyes absolutos, á su intransigencia religiosa. Era profundamente hostil á las novedades políticas que representaban los franceses (aunque entonces el gobierno de éstos era tan absoluto como el de los españoles) y á las ideas filosóficas y sociales que traían, y de que también participaban algunos de los patriotas.

El pueblo venció por completo. Con más ó menos ayuda extranjera, rechazó á los franceses y recobró su *independencia*. Luego, poniéndose al lado de Fernando VII, recobrando su rey, rechazó á los reformadores de las Cortes de Cádiz y gritó «¡vivan las cadenas!» Se hizo libre del yugo extranjero y reingresó en el yugo de la organización absolutista, privilegiada é intransigente de la España tradicional.

Sin desconocer el valor del primero de los fines perseguidos—la independencia—y su importancia para desarrollar la vida propia, el uso que

de esa independencia recobrada hizo el pueblo español de 1814, induce á reflexionar hondamente, y á pensar que, cuando hoy se piden autonomías y libertades, antes de entusiasmarse demasiado con ellas quizá convendría hacer esta pregunta: «¿Qué van ustedes á hacer cuando sean autónomos?»

El pueblo de ahora, que ya no es tan ignorante, ni (según suele decirse) tan *insconsciente* como lo era el de 1808, hará la pregunta, si es que cree que la cosa merece la pena.

X

La superstición del sistema

Hay muchas gentes que, por haber rechazado las supersticiones que caracterizaban la Humanidad del antiguo régimen, en lo político, lo religioso, lo económico, etc., creen que ya son completamente libres de espíritu. Eso es un error. Con la misma facilidad con que nuestro cuerpo adquiere enfermedades y para evitarlas todo cuidado es poco, adquiere nuestra inteligencia preocupaciones é idolatrías que la encadenan y que retrasan el progreso, por lo cual también es preciso atender mucho á la higiene de ella. El peligro de esas supersticiones es tanto mayor cuanto que se nos presentan disfrazadas ó con aspectos muy diferentes al de las supersticiones antiguas, y por eso creemos que no lo son y no nos defendemos de su contagio.

Una de ellas, y de las más terribles por su apariencia científica, es la del *sistema*.

Consiste en creer que la verdad está vinculada

en una sola idea, en una sola doctrina, y que de ésta ha de provenir la solución de todas las cuestiones ideales ó prácticas. Esa creencia nos conduce á considerar intangible la doctrina en todas sus partes, á hacerla inflexible y á descoyuntar la realidad para que pueda amoldarse á ella, en vez de ser la doctrina la que se amolde á la realidad de los hechos. El hombre que eso llega á creer, es tan dogmático como el católico más ortodoxo, y su espíritu se halla tan ligado y prisionero como el del fanático más empedernido, aunque su doctrina venga cubierta con el pabellón de un nombre muy *radical y despreocupado*, Voltaire ó Darwin, Tolstoy ó Nietzsche.

Por el contrario, la verdadera posición de una *inteligencia libre* consiste en no vincularse á ningún sistema; en mantenerse abierta á todos los vientos de renovación y rectificación de las ideas, en las cuales se producen el progreso y el cambio lo mismo que en las invenciones industriales; en estar dispuesta siempre á dejarse convencer, *por razones*, de una verdad nueva, y sobre todo, en llevar por norma la convicción de que los problemas del pensamiento y de la vida sufren constantes variaciones á impulso de los hechos, que el modo de plantearse no es siempre el mismo, y que, por tanto, las soluciones de ellos tienen que ir variando para acomodarse á la realidad, de modo que una fórmula que era ó parecía exacta hace veinte años, ya no lo es hoy día.

La vida natural y la vida humana están en continuo movimiento, mientras el sistema, la doctrina cerrada, permanecen inmóviles; y de aquí que pronto se pongan en contradicción. El fracaso de muchas reformas sociales y políticas no tiene otro origen que esa disconformidad entre la idea, ya vieja, y los hechos nuevos.

Sin cambiar de orientación general, sin abandonar el empeño por obtener la mejora de nuestra existencia, el cumplimiento de la justicia, el progreso en todos los órdenes, *la forma práctica é histórica* de conseguir todo esto puede variar, y es preciso tener el espíritu bastante dúctil para aceptar esa variación y acogerla, abandonando la preocupación de que no hay posibilidad de lograr el bien sino por un camino. Demasiadas dificultades tiene por sí mismo el progreso, para que le añadamos, en nuestra inteligencia, esa dificultad formidable de la doctrina intangible, ortodoxa, cristalizada.

¡Prediquen esa libertad los amantes de la verdadera emancipación del hombre!

XI

Los obreros y la libertad

«Los obreros no tienen más preocupación que la económica—me dicen algunas gentes que no ven con buenos ojos mi simpatía por la causa de los trabajadores manuales—. Con tal de obtener ventajas de ese género, apoyarán, ó no combatirán, á los peores enemigos de la libertad. Los conservadores tienen razón cuando dicen que ellos se atraen á los obreros mejor que nadie, porque cuentan con el medio del socialismo de Estado.»

Y yo contesto: «Se equivocan ustedes completamente. Al obrero le importa la libertad en todos sus órdenes, tanto como las ventajas puramente económicas, y se preocupa por conseguirla. Al obrero le interesa mucho que se le pague justamente su trabajo, que no se le explote; le interesa satisfacer cumplidamente sus necesidades corporales, comer bien, vivir en casas humanas, no en pocilgas, aplicar las reglas de higiene; pero le

interesa tanto como eso la libertad de asociarse, sin la que no podría concertar sus grandes medios de defensa; la libertad de pensamiento, sin la que no podría hacer propaganda de sus doctrinas; la libertad personal, sin la que estaría á merced del último funcionario del Estado, que podría meterlo en la cárcel ó perseguirlo arbitrariamente; la libertad religiosa, para profesar las ideas que crea verdaderas y prescindir en absoluto de las que considere erróneas; la libertad de enseñanza, para sustraerse á la confesional é instruirse como entienda que debe hacerlo...

»Y la prueba de que todas esas libertades le interesan, es que pelea por ellas y las practica, *mucho más que los burgueses liberales*. Diganme, si no, quiénes son los que en España acuden á la enseñanza laica y fundan escuelas de esa clase; quiénes se casan ó se entierran civilmente; quiénes pierden el pan ó emigran por mantener su derecho de asociación; quiénes van á la cárcel por combatir las preocupaciones seudorreligiosas; quiénes practican con pureza el sufragio; quiénes sufren en primer término las suspensiones de garantías constitucionales ó las leyes de excepción y protestan enérgicamente contra ellas; quiénes procuran ser ciudadanos más libres: y si hecha la estadística no resulta que en el 95 por 100 de los casos son los obreros quienes hacen todo eso, digo que soy ciego y sordo y que no veo más allá de mis narices.»

Y como tengo completa seguridad de estar en lo cierto, pregunto yo ahora quiénes son los que hoy combaten más por la libertad, si los obreros ó los llamados *liberales*. Los que son *liberales* de veras, de alma, saben bien que cuentan siempre con los trabajadores para la lucha contra el absolutismo, el clericalismo, el autoritarismo y la arbitrariedad en todas sus manifestaciones. Son intereses comunes, á cuya defensa sólo se sustraen los que no conocen la necesidad de ellos, ó los que venden su autonomía por un plato de lentejas. Los obreros no se sustraen á esa defensa; ahora, lo que importaría es que *los otros* hablaran menos de ella y la practicasen más.

XII

Á la Juventud socialista de La Arboleda ⁽¹⁾

Amigos míos: Era yo un rapaz de diez y seis años, cuando leí el *Derecho Natural ó Filosofía del Derecho* del profesor Ahrens, libro cuya primera edición data de 1838. Imposible me sería reflejar hoy la sacudida grande que en mi espíritu produjo aquella lectura. Un mundo de problemas, hasta entonces no sospechados, se abrió de repente ante mis ojos, y aunque muchos de ellos yo no los podía entender claramente entonces, dejaron en mí la semilla de no pocas ideas y determinaciones futuras.

Uno de los párrafos que más me chocó en aquel libro, fué el que se refería á los trabajadores manuales, planteando la cuestión de la jornada de trabajo. La especie era nueva en absoluto para mí. Nadie me había hablado de cuestión obrera,

(1) Trabajo leído en la velada conmemorativa del IV aniversario del natalicio de la Juventud socialista de La Arboleda.

ni de problemas económicos, ni de Socialismo, ni de ninguna de esas altas preocupaciones sociales que ya llevaban fecha de agitar al mundo moderno. Por eso lo que leí en Ahrens me hirió más vivamente, y, á pesar de mi ignorancia, comprendí en seguida el valor de sus afirmaciones.

«El obrero—decía en substancia—tiene el mismo derecho que los demás hombres á ser *hombre*, es decir, á educarse totalmente, desenvolviendo todas las cualidades de su espíritu y de su cuerpo, y dándoles satisfacción lo más amplia posible; pero para eso necesita tiempo y hay que dárselo. Tal es una de las razones fundamentales para que la jornada de labor manual no absorba todas las horas útiles del obrero, impidiéndole hacer las demás cosas que como hombre le solicitan.»

Y yo pensaba: tiene razón. No es justo, no es humano, que un grupo mayor ó menor de semejantes nuestros reduzca toda su vida á una sola acción, la de producir riquezas materiales que no son en su mayoría para ellos, y estén privados de favorecerse á sí propios con esas otras riquezas que resultan del cultivo de la inteligencia y del sentimiento, de la vida higiénica en plena Naturalidad en los momentos de descanso. Y mirando lo que yo hacía, los trabajos en que yo me ocupaba, los goces que me producían los libros de Ciencia, de Literatura, de Arte, pensaba también: «¿Es posible que cientos y cientos de hom-

bres estén privados, por falta de tiempo, de estos placeres intelectuales, de este perfeccionamiento del espíritu que procura el trato con los grandes escritores, sin el cual no se explica el progreso que la Humanidad ha verificado, siglo tras siglo?»

Luego vi, experimentalmente, que sí era posible; que miles de hombres mueren sin gustar la delicia del saber, sin iluminar su inteligencia, sin gozar el encanto de un buen libro, de una idea grande bien expresada. Vi, también, que los obreros mismos, conscientes de sus necesidades y derechos, trabajan unidos para librarse de la completa absorción de su vida por la función exclusivamente económica, y que, gracias á esto y al concurso de algunos grandes espíritus, la jornada iba disminuyendo, el obrero iba disponiendo de más horas de descanso, y que esas horas las empleaban muchos en hacer ó rehacer su educación intelectual. Un inmenso clamor por la cultura fué llenando los aires, á la vez que el clamor por el pan y por el descanso físico; y recogido ese clamor por los que «acudían al pueblo» para darle los frutos de su inteligencia generosamente, como en donación de hermanos, produjo esa riquísima florecencia de instituciones de educación popular que se llaman Extensión universitaria, Cooperación de ideas, Universidades populares, etc., nutridas sobre todo por vosotros, los obreros de las fábricas y talleres.

—m Pero no nos confiemos demasiado. Queda mu-

chísimo por hacer aún. En primer lugar, hay numerosísimos trabajadores que no están redimidos de la jornada abrumadora, que no disponen de tiempo para ilustrarse, ó que vuelven del trabajo de tal modo rendidos, que no hallan en sí energías para hacer otra cosa. Á esos, hay que ayudarles á que recaben para sí horas en que dejen de ser elementos de producción material, para ser *hombres*.

Pero hay también muchos obreros que disponen de horas, de días, para ilustrarse y no se cuidan de ello, malgastando sus fuerzas en la perezosa holganza ó en la taberna traidora. No nos indignemos con ellos: compadezcámosles y trabajemos por que salgan de esa situación de apatía. Es que no tienen conciencia del problema, de las necesidades de su espíritu. Hay que despertarles esa conciencia, hablándoles, propagando entre ellos las excelencias de la cultura para la vida toda, incluso para las cosas más prácticas y positivas y para la defensa de los propios derechos.

En las ciudades, hay muchos obreros que requieren esa campaña en favor de ellos mismos. Hagámosla. Pero todavía hay más en el campo, entre la población labradora y ganadera, y en las villas de la costa, entre los pescadores, cuya cultura está descuidadísima. Trabajemos por ellos.

Vosotros debéis ir á la vanguardia de ese ejército de la cultura, que no trata de matar á nadie, como en las guerras, sino de salvar á los que

se ahogan en la ignorancia. Pensad en que, no sólo para los obreros, sino para la Humanidad toda, el problema no está en que haya una minoría, mayor ó menor, de hombres cultos, sino en que lo sean la mayoría; *en que no haya ignorantes*. Mientras esto no se logre, valdrá de poco que unos cuantos escogidos se eleven sobre la nada; porque la masa inculta que queda abajo hará sentir en los momentos de crisis, y en perjuicio de la misma clase popular, el peso enorme de su ignorancia, abierta á todas las impulsiones que cualquier malintencionado ó loco le sugiera.

Michelet decía: «Nadie se salva solo.» Debemos decir: «Pretender salvarnos solos es comprometer el éxito final de la lucha.»

No descanséis hasta que á esas veladas vuestras, en que se rinde culto á la literatura y al arte, acudan todos, absolutamente todos vuestros compañeros, y hasta que todos sientan mayor placer en pasar así unas horas que en perder tiempo y salud en la taberna, ó en el flaneo perezoso por calles y plazas, sin objeto y sin rumbo.

XIII

El descanso dominical

España es uno de los países del mundo en que se trabaja menos días al año. Pretextos, no faltan. A petición del Gobierno, Pío IX—reinando Isabel II—suprimió algunas de las fiestas religiosas que multiplicaban los *domingos* hasta la exageración; pero la costumbre pudo más que la ley, y la mayoría de aquellas fiestas siguió guardándose de un modo escrupuloso. La fuerza de la tradición es tanta, que ahora mismo se tropieza con dificultades para dar conferencias y lecturas en los Círculos obreros más avanzados si el día coincide con alguna de esas vacaciones del «antiguo régimen».

Esto no quita para que en muchos oficios y profesiones el trabajo sea abrumador y carezca de la compensación de descanso que la higiene y el respeto á la dignidad humana exigen. Basta citar el servicio de ferrocarriles, los comercios que sólo cierran después de la una de la tarde los do-